

## CAPITULO XXXIII.

- « Nos persigue el atroz remordimiento  
 » A quien la juventud no presta oido;  
 » Mas si la edad y el tiempo nos agobian,  
 » No es fácil evitarlo ó combatirlo.  
 » Su emponzoñada flecha nos alcanza  
 » Para servir de anticipado aviso  
 » De que un Dios vengador apresta el rayo  
 » Que nunca deja impunes los delitos. »

( COMEDIA ANTIGUA. )

— No tengo necesidad de participaros, dijo Elspeth al conde, que yo era la confidenta, la favorita de Joscelinda, condesa de Glenallan, ¡ que en paz descansen! vos tendréis presente sin duda que merecí su confianza por espacio de muchos años, á la cual correspondí con la mas sincera adhesion; pero perdí su gracia por un ligero acto de desobediencia que fué referido á vuestra madre por una persona que creia que estaba yo encargada de espiar sus acciones y las vuestras, y en esto no se engañaba.

— ¡ Muger! exclamó el conde con voz trémula y sufocada, no me hableis de ella, no pronuncieis su nombre delante de mí.

— Es preciso, replicó ella con serenidad y firmeza; de otro modo, ¿ como podríais comprenderme?

Apoyóse el conde en una silla, metióse el sombrero hasta las cejas, apretó las manos y los dientes como un hombre que se arma de todo su valor para sufrir una operacion dolorosa, y le hizo seña de continuar.

— Deciaos, pues, que mi desgracia habia sido principalmente obra de miss Evelina Neville, hija de un primo hermano, de un íntimo amigo de vuestro difunto padre, jóven hermosa que vivia y se educaba en el castillo. La historia de esta niña era misteriosa; pero ¿ quien se hubiera atrevido á preguntar á la condesa lo que ella queria tener oculto? Lo cierto es que en el castillo todos la apreciaban, escepto dos personas, vuestra madre y yo; ámbas la aborrecíamos.

— ¡ Justo cielo! ¿ y por que motivo? ¿ Habia acaso en el mundo una criatura tan dócil, tan amable, tan digna de inspirar afecto?

— Acaso teneis razon; pero vuestra madre aborrecia todo lo que tenia relacion con la familia de vuestro padre, escepto su persona. Se habia disputado muchas veces con sus parientes despues de su matrimonio, pero estos detalles no tienen nada que ver con lo que debo deciros. Su odio contra Evelina Neville

fué en aumento cuando notó entre vos y aquella desgraciada jóven un principio de afecto. Bien podeis acordaros que vuestra madre se limitó entónces á tratarla con frialdad é indiferencia; pero la tempestad no tardó en estallar, y fué con tal violencia, que miss Neville se vió obligada á refugiarse en el castillo de Knockwinnock, bajo el amparo de la esposa de sir Arthur, que vivia en aquella época.

— Vos me desgarráis el corazón recordandome todos estos detalles, Elspeth; pero continuad, ¡y quiera el cielo aceptar mi sufrimiento en expiación de mi involuntario crimen!

— Algunos meses habia que estaba ausente. Una tarde yo aguardaba en mi cabaña á mi marido que salió á pescar, y vertia lágrimas amargas que me arrancaba el orgullo siempre que pensaba que habia perdido la gracia de mi señora, cuando me ví entrar repentinamente á vuestra madre, pues no estaba echado el cerrojo en la puerta. Creí á la verdad que era un espectro, tanto porque nunca me habia hecho el honor de una visita, aun cuando disfrutaba de su privanza, como porque estaba tan pálida, tan horrorosa como si saliese del sepulcro. Sentóse, sacudió las gotas de agua que caian de sus cabellos y vestido, porque habia niebla y acababa de atravesar el parque,

cuyos árboles estaban todos cargados de rocío. Entro únicamente en estos detalles para probaros cuan bien grabado está en mi ánimo el recuerdo de aquella tarde, y tengo en efecto poderosos motivos para no olvidarlo. Sí, milord, el terror me privó del uso de la palabra, á mí que habia presenciado sin inmutarme mas de una escena espantosa. Despues de un momento de silencio: — Elspeth Cheyne, me dijo, pues siempre solia llamarme con mi nombre de soltera, ¿eres tú verdaderamente la hija de aquel Reginaldo Cheyne que sacrificó su vida en el campo de batalla de Sherifmuir para salvar la de su señor el conde de Glenallan? — Sí, le respondí yo con casi tanto orgullo como ella misma, tan cierto como vos lo sois de aquel conde de Glenallan que hubiera perecido sin la admirable adhesión de mi padre.

Aquí Elspeth se detuvo un momento.

— Pues bien, por favor, continuad, hablad, yo os lo ordeno.

— ¡Ah! poco caso hiciera yo de las órdenes que podrian darsese en la tierra, si no hubiese oido una voz que me habla cuando velo, cuando duermo, y que me obliga, á pesar mio, á haceros esta penosa confidencia. Pues bien, milord, la condesa me dijo lo siguiente: — Mi hijo ama á Evelina Neville; estan de acuerdo, se han dado palabra de casamiento;

si llegan á tener un hijo, yo pierdo todos mis derechos, y en lugar de ser condesa, no seré mas que una infeliz viuda administradora. Yo que he llevado á mi esposo tierras, vasallos, una esclarecida nobleza, una antigua celebridad, ¡todo lo pierdo en el momento en que mi hijo tenga un heredero! Esto sin embargo no es mas que una consideracion secundaria. Si mi hijo hubiese elegido por esposa á cualquiera otra jóven que no perteneciese á esa odiosa familia de los Nevilles, aun tomaria paciencia; pero verlos á ellos y á sus descendientes gozar de la dignidad y de los honores de mis antepasados, es clavar en mi corazon el mas agudo puñal. Esta muchacha por otra parte... la detesto. — Y yo tambien, le respondí, pues sus palabras se habian introducido é inflamado mi pecho.

— ¡Miserable! exclamó el conde á pesar de la resolucion que habia tomado de guardar silencio: ¿que motivos de odio y animosidad podiais tener contra tanta inocencia y candor?

— Mis sentimientos se modelaban por los de mi señora. ¿No era esta la costumbre de todos los vasallos de la casa de Glenallan? Vos debeis saber, milord, que aunque yo hubiese hecho un mal casamiento, ninguno de vuestros antepasados se puso en campaña sin que alguno de los abuelos de la infeliz que

os habla llevase su escudo; pero yo tenia motivos particulares para aborrecer á miss Evelina Neville. Diéronme la comision de ir á buscarla á Inglaterra, y durante el viage no hizo mas que burlarse de mi trage y acento escocés, como lo hacian seguramente sus compañeras en la pension, segun creo que se llaman aquella especie de colegios donde se educan las niñas.

Por mas estraño que esto parezca, Elspeth hablaba del pretendido agravio que le habia hecho mas de veinte años atras una muchacha saliendo de la pension, y que lo menos que pensaba era insultarla, con un calor y un encono que una ofensa mortal no hubiera seguramente producido en un juicio sano despues de tanto tiempo: — Sí, repitió, ella me puso en ridículo; pero los que desprecian el *tartan* de los Escoceses deben aprender á guardarse de la punta de su puñal.

Despues de un instante de silencio continuó: — Confieso sin embargo que la odiaba mas de lo que merecia. — Elspeth Cheyne, me dijo la condesa, este hijo desobediente deshonrará su sangre mezclandola con la inglesa. En otra época, hubiera sepultado al uno en los calabozos de Glenallan, y encerrado á la otra en mi torre de Strathbonnel; pero no existe ya el tiempo en que tales actos me fueran permitidos: en el dia de hoy la autoridad de

que debieran estar revestidos los nobles del pais se ha puesto en manos de jueces plebeyos y letrados oscuros. Escucha, pues, Elspeth Cheyne, si somos las dos dignos miembros de nuestras familias, voy á indicar un medio de evitar su enlace. Ella viene muchas veces á pasearse por la roca á cuyo pié se halla situada tu cabaña, para tener el gusto de ver remar á mi hijo en su esquife (ya os acordaréis, milord, que este era entónces uno de vuestros divertimientos favoritos); pues bien, que el mar sea su sepultura. — ¿Por que me mirais, milord, con este aire de admiracion y de incredulidad? Lo que yo os digo es tan cierto como el que dentro de poco debo hallarme en presencia del único ser que he temido en mi vida. ¡Plugiuese al cielo que le hubiese temido mas! Con todo me repugnaba cargar mi conciencia con la muerte de una jóven de tan tierna edad. Vuestra madre añadió: — Segun las máximas de la santa Iglesia católica romana, son parientes demasiado próximos para poder casarse; no dudo que renunciarán á su religion, asi como faltaron á la obediencia. — A estas palabras, el maligno espíritu que está siempre pronto á sugerir malos consejos á aquellos cuyo corazon se halla dispuesto á recibirlos, me inspiró la siguiente respuesta: — Pero ¿no podria hacerseles

creer que son tan próximos parientes que ninguna religion autorizaria su enlace?

Aquí el conde la interrumpió prorumpiendo en un grito tan agudo, que hubiera podido oirse á cincuenta pasos de la cabaña. ¡Ah! exclamó, ¿con que Evelina Neville no era....?

— ¿La hija de vuestro padre? No: que sea esto para vos un objeto de afliccion ó de consuelo, es preciso que sepais la verdad. Evelina Neville era tan hermana vuestra como yo.

— Muger, cuidado con engañarme. No me hagais maldecir la memoria de una madre á quien he rendido tan recientemente los fúnebres honores, procurandome persuadir que ha sido cómplice de la mas cruel é infernal maquinacion.

— Antes de maldecir la memoria de una madre que ya no existe, lord Glenallan, ved si acaso encontraréis entre los individuos de vuestra familia alguno lleno de vida, cuyas faltas hayan ocasionado tan terrible catástrofe.

— ¿Mi hermano, quereis decir? ha muerto tambien.

— No, lord Gerardino, de vos mismo pretendo hablar. Si vos no hubiéseis faltado á la sumision y obediencia que un hijo debe á su madre, casandoos secretamente con miss Neville cuando se hallaba en Knockwinnock,

nuestra maquinacion os hubiera separado á lo menos por algun tiempo, y vuestro dolor no hubiera sido exasperado por el remordimiento. Vos solo emponzoñásteis las armas de que nosotros nós servíamos, que penetraron mas profundamente en vuestro corazon, porque nada hicísteis para evitar nuestros golpes. Si hubiéseis reconocido y publicado vuestro enlace, no habríamos podido ni querido valernos de una estratagemá que solo se adoptó para precaverle.

— ¡Justo cielo! exclamó el desgraciado conde, como si un nuevo rayo de luz hubiese herido sus eclipsados ojos; ahora comprendo los esfuerzos indirectos que hizo muchas veces mi madre para calmar mi desesperacion, pareciendo admitir la duda de un hecho de cuya certitud me habia ella misma salido garante.

— No podia hablaros mas claro sin confesar su engaño, y ántes se hubiera dejado arrastrar por cuatro caballos desbocados, lo que haria yo misma por ella si viviese aun. Toda la estirpe de los Glenallanes, hombres y mugeres, han tenido siempre una alma impertérrita y firme, y lo mismo sucedia con los que antiguamente se reunian al grito de *Clachnaben*. Vivian en la mas estrecha union; ni un solo vasallo hubiera abandonado á su gefe por motivos de interes; todos le obedecian sin exa-

minar si tenia razon ó culpa: los tiempos, segun se dice, han cambiado mucho.

El conde estaba demasiado embebido en reflexiones dolorosas que escitaba en su ánimo lo que acababa de saber, para fijar su atencion en el entusiasmo de una tosca fidelidad, en la cual, aun en el mismo borde del sepulcro, parecia hallar un manantial de placer y de consuelo la que habia causado todas sus desgracias. — ¡Dios todopoderoso! exclamó: ¡con que me hallo inocente del crimen mas horrible que se pueda cometer en la tierra, de un crimen que, aunque involuntario, me ha causado veinte años consecutivos de remordimientos que han destruido la paz de mi corazon y la salud de mi cuerpo, abriendo mi sepultura ántes del tiempo fijado por el destino! Recibe mi humilde accion de gracias, añadió con fervor levantando los ojos al cielo; si he vivido tan infeliz, no moriré á lo menos agobiado con un crimen que horroriza á la naturaleza. Y tú, muger, si tienes alguna cosa mas que comunicarme, prosigue miéntras te queda fuerza para hablar, ó á mí no me abandona la necesaria para escucharte.

— Sí, respondió Elspeth, no está lejos la hora en que yo no podré hablar, ni vos oír. La muerte ha aplicado ya su sello en vuestra frente, y yo siento cada día mas en mi corazon

el peso de su mano helada. No me interrumpais con vuestras exclamaciones, gemidos y vituperios, escuchad hasta el fin lo que tengo que deciros; luego, si sois un conde de Glenallan como los que existian antiguamente, segun he oido decir en mi juventud, mandad á vuestros vasallos que recojan brezos, espinos, ramas de acebo, para formar una hoguera tan alta como el techo de vuestro castillo; arrojad á las llamas la vieja hechicera Elspeth, ¡y perezca con ella todo lo que pueda recordar que semejante criatura ha existido en la tierra!

— Continuad, dijo el conde, continuad, no os interrumpiré.

Pronunció estas palabras con voz algo sufocada, pero resuelto á contenerse, temiendo perder esta ocasion de adquirir la prueba de cuanto acababa de oir; pero Elspeth estaba ya fatigada por la narracion anterior, y refirió el resto de su historia, aunque no de un modo ininteligible, á lo menos sin el órden, concision y claridad que se le habia notado hasta entónces. Por fin, cuando hubo tentado varias veces inútilmente continuar su relacion, lord Glenallan se vió obligado á secundar su memoria haciendole algunas preguntas, y empezó por reclamar las pruebas de una historia tan distinta de lo que se le habia dicho hasta entónces.

— Las pruebas del nacimiento de miss Neville, le respondió, existian en poder de la condesa, y habia razones poderosas para tenerlas ocultas por cierto espacio de tiempo. Estaban y estan tal vez ahora, si no las ha rasgado, en un cajon á mano izquierda de un escritorio de ébano que tenia en su tocador. Quería guardarlas hasta que vos hubiéseis partido otra vez para pais extranjero, y en vuestra ausencia se proponia casar á miss Neville, ó volverla á su patria.

— Pero ¿no me enseñásteis vos cartas de mi padre, que me parecieron indicar claramente, á menos que mis sentidos no me hubiesen alucinado en aquel terrible momento, que era padre tambien de la desgraciada....?

— Sin duda, y las cartas estando apoyadas por mi testimonio, ¿como vos ó ella hubiérais podido dudar de semejante hecho? Pero nosotros no os dimos la esplicacion de aquellas cartas; nos guardámos bien de deciros que vuestro padre tenia razones de familia que yo no conocia, para desear que miss Neville pasase por su hija durante algun tiempo.

— Pero, cuando supísteis que nos habíamos casado, ¿por que persististeis en tan abominable artificio?

— Solo despues que lady Glenallan os hubo contado esta falsa historia, sospeché que os